

.PRÓLOGO

HERNÁN CORTÉS, SU TIEMPO Y EL NUESTRO

José Borrell, Ministro de Asuntos Exteriores

Ramón Tamames, el autor del libro que el lector tiene ahora en sus manos, apenas necesita presentación. Como Tomás Moro, es un hombre válido para todas las estaciones y, me atrevería a decir, completando el elogio que Erasmo dedicara a su amigo, también para cualquier empresa intelectual que decida emprender, pues su curiosidad y conocimientos apenas conocen límites. Analista y autor de obras de referencia sobre economía, derecho y política o sobre los más acuciantes asuntos de actualidad – desde el ascenso de China al futuro de la Unión Europea; o desde el reto del cambio climático a la crisis catalana– Tamames es también una figura relevante en la vida pública española, en la que comenzó a participar muy joven, ya desde antes de la Transición.

Su dedicación al bien común le ha llevado a servir tanto en la política nacional –fue diputado en las Cortes y signatario de la Constitución del 78– como en la municipal, donde llegó a ser teniente de alcalde de Madrid en la época de Tierno Galván. Tan amplia hoja de servicios, desarrollada a lo largo de varias décadas, se acrecienta ahora con el más reciente fruto intelectual de sus múltiples talentos, un ensayo poliédrico sobre una de las figuras más fascinantes y complejas del Mundo Hispánico y de la historia universal, publicado cuando se cumplen quinientos años desde su llegada, en 1519, a las costas del actual México: Hernán Cortés.

He empleado el término Mundo Hispánico y no me he circunscrito a España porque con personajes como Cortés, cuya vida y hazañas, con todos los claroscuros que se quieran, se inscriben en pleno tránsito a la Modernidad, nuestra experiencia histórica adquiere unas dimensiones y trascendencia extraordinarias, dando origen no sólo a un Nuevo Mundo, sino el que España es apenas inteligible, sino también alumbrando un tiempo nuevo, que ya desde entonces comienza a ser el nuestro, es decir el de un planeta geográficamente completo que funda la interdependencia que caracteriza el orbe de nuestros días.

Hernán Cortés, gigante de la Historia

Al leer este libro, y recordar previas lecturas, el personaje histórico que inmediatamente me viene a la mente, comparable en buena medida con el protagonista de esta obra, no es otro que Alejandro Magno (otro europeo), pues el macedonio también traspasó los límites que separaban desde la Antigüedad más remota las civilizaciones de Europa y Asia, derrumbó imperios y sobre sus ruinas contribuyó a crear un mundo híbrido, el helenístico, con el que se cerró una era y otra se abrió en la historia de la humanidad.

La diferencia, en este caso a favor de Cortés –y de la Monarquía Hispánica, que supo consolidar, adaptar y perpetuar su legado durante tres siglos–, fue que la construcción política fruto del encuentro, confrontación y síntesis cortesianos duró mucho más tiempo que la del héroe clásico. Recordemos que Alejandro, en su prematuro lecho de muerte, sólo tuvo tiempo para dejar su herencia al “más fuerte” entre sus lugartenientes, quienes no tardaron en deshacerla y repartírsela violentamente en una miríada de reinos de diádocos. No olvidemos, tampoco, que, a diferencia de Alejandro, quien contaba con un ejército numeroso y bien pertrechado, así como con un conocimiento detallado de su enemigo persa, Cortés y sus conmlitones eran muy inferiores en número, estaban limitados por la logística y las enormes distancias desde sus bases y, sobre todo, carecían de cualquier referencia sobre civilizaciones que les eran completamente extrañas.

Sin embargo, su inteligencia diplomática y militar fue tal que en apenas semanas Cortés había conseguido descifrar la suma de fortalezas y, sobre todo, debilidades del imperio azteca, y supo ganarse la confianza de pueblos, como el de Tlaxcala, que aquél tenía cruelmente sojuzgados. Unos pueblos que eran tan indígenas como los aztecas, algo que a menudo es obviado, terminaron convirtiéndose así en los más sólidos aliados de los españoles y en parte constitutiva y esencial del nuevo edificio, esencialmente mestizo, que pronto habría de ser el virreinato de Nueva España, precursor del actual México.

Todo lo anterior lo narra con ágil pluma y brillante erudición Ramón Tamames en su libro, por cuyas páginas vemos desplegarse los avatares, con sus luces y sombras, del Cortés aventurero, conquistador (con todo lo que ello implica de muerte

y destrucción), pero que también fue explorador, empresario y humanista. Pero la virtud principal del autor consiste no sólo en mostrar ante nuestros ojos las vicisitudes de la empresa cortesiana y someterla al juicio de la más rigurosa historiografía. A mi entender, aunque dejo al lector que opine con su mejor criterio, la contribución principal de este ensayo reside en insertar plenamente al conquistador en el contexto de una era protagonizada por un país, el nuestro, cuya enorme capacidad de extroversión y energía creadora apenas somos capaces en nuestros días de ponderar y valorar en sus justas dimensiones, y que a menudo tendemos a juzgar anacrónicamente, desde los principios de la era contemporánea.

Tamames hace bien en recordarnos que, si bien Cortés ocupa sin duda un lugar principalísimo en el alumbramiento de la América moderna, ésta no hubiera sido posible sin la aportación de otros personajes también extraordinarios, pero hoy casi olvidados. Mención particular ameritan el primer virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, y el primer antropólogo moderno, Bernardino de Sahagún, recopilador y autor de la pionera Historia general de las cosas de Nueva España, una fuente primordial para el conocimiento de las culturas mesoamericanas.

Quienes, todavía presos de la Leyenda Negra, siguen afirmando que Cortés y sus sucesores nada hicieron por las poblaciones indígenas, salvo exterminarlas y saquearlas, deberían saber que el primer centro de educación superior de las Américas fue el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, en las afueras de la ciudad de México. El Colegio fue inspirado por la voluntad de mestizaje propia de Hernán Cortés y creado en 1536 por impulso del virrey Antonio de Mendoza y del obispo Zumárraga para la educación de las elites indígenas. De su temprano éxito da cuenta que, ya en 1552, dos naturalistas mexicas, Juan Badiano y Martín de la Cruz, editaron en náhuatl y en latín el código que lleva su nombre: la primera enciclopedia sobre las hierbas medicinales y prácticas médicas de los pueblos indígenas producida en el Nuevo Mundo. Una obra que fue superada poco después por el médico real Francisco Hernández de Toledo, quien, bajo el patrocinio de Felipe II, llevó a cabo la primera expedición científica europea en las Américas, entre 1571 y 1577, dejando para la posteridad el monumental *Rerum medicarum Novae Hispaniae Thesaurus*, en el que se describen, empleando taxonomía nahua, más de tres mil

Hernán Cortés, gigante de la Historia

plantas y cientos de animales y minerales hasta entonces desconocidos para la ciencia occidental.

Los que acabo de mencionar son tan sólo unos pocos ejemplos, entre otros muchos añadidos por el autor, que sirven para enmarcar la gesta cortesiana dentro de una empresa de largo alcance. Nosotros, los hispanos de ambos mundos, somos su resultado, aunque no siempre seamos conscientes de ello. A este respecto, me gustaría aprovechar este proemio para hacer alguna propuesta con el fin de que, al menos los españoles de este lado del Atlántico, tengamos más presente la dimensión americana y, en general, extra-peninsular y extra-europea de nuestra historia. Pero que a la vez ha supuesto integrar lo americano en España, y por ende en Europa, en cuyo proyecto de integración representamos el puente natural, junto con Portugal, con la comunidad iberoamericana de naciones.

Mientras escribo estas líneas, el Museo de América en Madrid recrea en una exposición titulada "La hija del Virrey" el mundo femenino novohispano en el siglo XVII. La exposición muestra, a través de las figuras singulares de doña María Luisa de Toledo y Carreto y de su dama de compañía, una india chichimeca, el continuo y complejo maridaje entre Occidente y el mundo indígena en todos los ámbitos de la vida cotidiana, desde la conquista a las emancipaciones.

Si contemplamos el contenido de esta exposición (y, en general, las salas del mencionado Museo dedicadas a los virreinos hispanoamericanos, donde se exponen muy valiosas muestras de la llamada "pintura de castas") y lo comparamos con las salas dedicadas en el Metropolitan de Nueva York o en el Museo de Bellas Artes de Boston al período colonial en Nueva Inglaterra nos daremos cuenta de la abismal diferencia que hubo entre los modelos de extroversión hispánico y el inglés, o británico.

En el primero surge una cultura y unos modos de vida originales y mestizos que son los propios de la Iberoamérica de hoy. La América anglosajona, por el contrario, es pura y simplemente un trasplante de la metrópoli sin apenas mezcla con las poblaciones y culturas locales, a las que se extermina, expulsa o reduce a reservas. En vano buscará el visitante de los museos de Nueva York o de Boston o de cualquiera otra ciudad estadounidense un

cuadro original donde se muestre una pareja colonial formada por un inglés y una indígena o mestiza de Nueva Inglaterra.

Digo que los buscará en vano porque, sencillamente, no existen. Creo que, como antídoto a esos brotes de la Leyenda Negra a las que nos vemos sometidos recurrentemente, estaría bien que visitáramos más a menudo el Museo de América y quizá a ello ayudaría, y es una sugerencia que lanzo, su integración en el gran eje de los museos que va del Reina Sofía hasta la Plaza de Colón. Y ya que hablamos del Paseo del Prado, la segunda propuesta se la dirijo al Museo homónimo: ¿acaso no es hora de pensar en integrar de forma permanente en tan magnífica pinacoteca muestras de la pintura virreinal al lado de los grandes maestros europeos? ¿Acaso no forman parte las escuelas de Cuzco o la novohispana de una originalísima tradición de arte occidental que trasciende al propio Occidente?

En definitiva, resulta fundamental poner en valor toda la aportación de la cultura hispánica a la historia mundial, sin caer ni en la mitificación ni en la autoflagelación, pero distinguiendo el grano de la paja y proyectando hacia el futuro un legado de resonancia universal, que también puede y debe contribuir al refuerzo del atractivo internacional y la reputación de España, y de ahí la importancia de impulsar más decididamente y sin complejos nuestra diplomacia pública y cultural, a través entre instrumentos como la Secretaría de Estado de la España Global.

Dejo al lector con estas reflexiones y le invito ahora a adentrarse en la vida y obra de Hernán Cortés de la mano de Ramón Tamames, nuestro excelente guía en las páginas que siguen.

